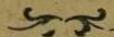


Chaverny sabía que las decisiones de aquella mujer eran irrevocables. No se atrevió á insistir para disuadirla.

—Si nuestra escolta os parece suficiente, estad persuadida de que nuestra vida os pertenece.

—Caballeros, vuestra conducta de hoy redime vuestros errores de ayer. Contad con mi agradecimiento eterno. ¿Queréis acompañarme á ver al Regente? Confío en que mañana podremos salir de París, y en que Dios devolverá los hijos á su madre.



IV

Con el Embajador.

El viaje fué para Chaverny una serie de etapas que pasó alegremente, sin otra preocupación que ir lo más aprisa posible para encontrar cuanto antes á Lagardère y á Aurora de Nevers, y sobre todo á su adorada Cruz.

Su corazón palpité más aceleradamente en cuanto dejó atrás los Pirineos. Por lo pronto, no podía apartarse de su camino: tenía que cumplir ante todo su misión oficial; el interés de Francia estaba por encima de su interés particular. Pero tenía ocho días de plazo para estar en España. ¿Y qué no se puede hacer en ocho días, con buena voluntad y propósito decidido de emplearlos bien?

Ya estaba en la carretera de Zaragoza á Madrid, y ningún obstáculo se había presentado:

embajador de Francia ante Felipe V, dándole la orden de retirarse de España lo más pronto posible, pues era probable que al conocer el arresto de su representante en París Alberoni tomase represalias.

—¿Has pensado en el mensajero?—preguntó el Regente.

—No he pensado aún; pero dentro de dos horas tendré el hombre.

—Cuida de que no sea devoto de los conjurados.

—Si no fuera por eso, ya tendría veinte dispuestos.

—Con uno fiel y seguro nos basta. Cuando le halles y le hayas dado tus instrucciones, envíamele para darle yo las mías.

En realidad Felipe desconfiaba de las hechuras del presbítero Dubois, y hubiera deseado tener él mismo un hombre á quien enviar á España. En esto pensaba cuando le pidió audiencia la princesa de Gonzaga para ella y para los caballeros Chaverny y Navailles.

—¡Navailles en París!—exclamó.—Una de dos: ó se ha separado definitivamente de Mantua, ó es un espía dejado por éste para vigilar á su mujer y lo que ocurre en la corte. De todos modos, es demasiada insolencia presentarse aquí, y no estoy dispuesto á sufrirla.

Mientras tanto alguien en la antecámara se aproximó á los caballeros después de haber saludado á la Duquesa viuda: ese alguien era monsieur de Machault, lugarteniente de policía, sucesor de Voyer de Argenson.

—Os presento mis respetos, señor Marqués; pero no puedo hacer lo mismo con vuestro compañero. Señor de Navailles, en nombre del Rey, daos á prisión.

—Yo respondo por él, y su Alteza Real levantará dentro de un instante la orden de destierro.

—Es posible—repuso el teniente de policía;—pero mis últimas instrucciones, que datan de anoche mismo, me ordenan cerciorarme de si el príncipe de Gonzaga y todas las personas de su séquito han salido efectivamente del territorio francés. ¿Habéis cumplido la orden de destierro, señor de Navailles?

—No.

—En ese caso, mis órdenes son terminantes, y voy á conducirlos á la Bastilla hasta que el señor de Chaverny obtenga vuestro indulto.

Llamó acto seguido al capitán de guardia, y le dió la orden correspondiente. M. de Navailles se inclinó ante la Princesa, impasible y frío como de costumbre. Después estrechó la mano de su amigo.

30122

—No tengas cuidado—le dijo éste:—dentro de una hora estarás libre.

Los guardias rodeaban al gentilhombre cuando Felipe de Orleans apareció, deseoso de manifestar á la Princesa mayor interés y consideración aún de la que le concedía antes de los acontecimientos conocidos.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Hay, Alteza—respondió Machault adelantando un paso,—que, en cumplimiento de las órdenes recibidas del señor Ministro, he hallado aquí al señor de Navailles, y voy á conducirle á la Bastilla.

—Aguardad un momento antes de cumplir esa orden. Dignaos pasar, señora, y vosotros, caballeros, á mi gabinete. Que nadie nos interrumpa.

Después de haberla hecho sentarse, permaneciendo él galantemente en pie, le rogó que se explicara.

—Vengo á solicitar de Vuestra Alteza la venia para marcharme á España.

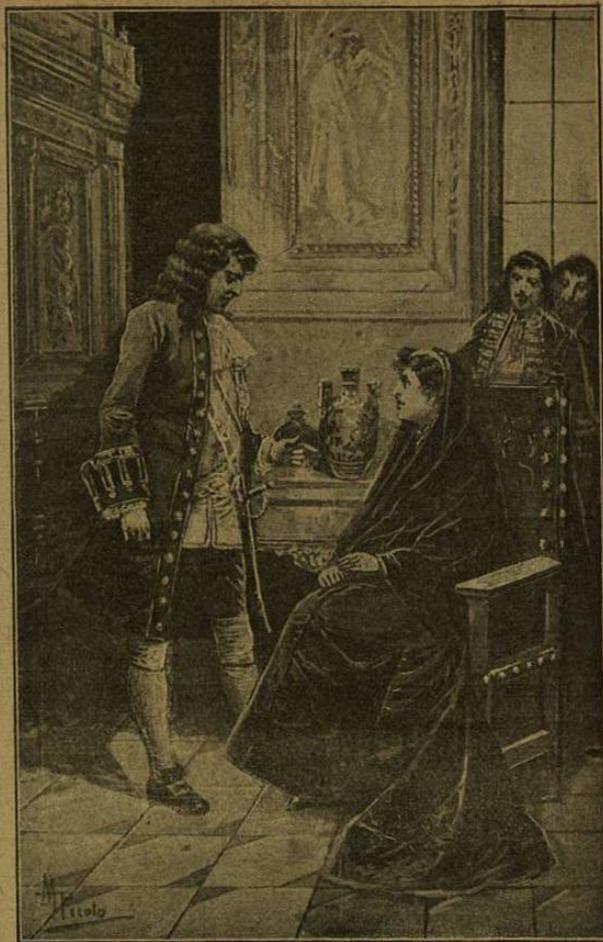
—¿Vos, señora?

—Yo misma, monseñor.

—Es cosa que no hubiera tenido inconveniente alguno en conceder hace seis meses, hace tres días; pero hoy es imposible.

La Princesa suplicó.

—Hace diez días, Alteza, que me robaron á



Vengo á solicitar de Vuestra Alteza la venia para marcharme á España.

mi hija. El que tiene tanto interés en rescatarla, el que me juró devolvérmela, como Vuestra Alteza Real no ignora, no ha vuelto aún. La vida para mí es un martirio prolongado. Si mi hija vive, quiero hallarla; si ha muerto, quiero saberlo.

—Tranquilizaos, señora, y tened paciencia por unos cuantos días más. Hoy mismo he de enviar un correo extraordinario á París: á su vuelta sabréis á qué ateneros.

—Aunque tuviese que ir á pie, monseñor, iría. No hay como una madre para hallar á un hijo, y no me fió del correo.

El Regente tuvo una inspiración súbita:

—¿Aunque ese correo sea el marqués de Chaverny?

—¿Yo?

—Vos mismo. No creo que seáis de los familiares de la corte de Sceaux, ni que andéis en intrigas con el embajador de España.

—No tengo el honor de conocerle.

—Mejor para vos. Hoy por hoy, es un honor que puede costar muy caro.

—Y al decir esto dirigió una mirada inquisitorial á Navailles.

—¿Y vos, caballero? ¿Conocéis al príncipe de Cellemare?

—De nombre, monseñor. Hasta sabía que en

un momento dado debía ponerme á sus órdenes.

Esta franqueza produjo buen efecto en el Regente.

—¿Para hacer qué? ¿Sabéis algo?

—No, monseñor. Alguien debía transmitirme esas órdenes.

—Gonzaga; ¿verdad? Sí, está complicado en el complot. Me consta, así como que vos erais uno de esos acólitos.

—Lo era, es cierto; pero los tiempos cambian. El Príncipe está en el destierro.

—Donde vos también debierais estar. Es menos peligroso que servir de agente secreto de Felipe cerca de la señora Princesa y de mí.

Navailles irguió la cabeza con altivez, y sostuvo sin pestañear la profunda mirada del Regente.

—Vuestra Alteza Real me permitirá hacerle observar que le han engañado. No soy agente de nadie. Mi conciencia y mi espada son libres.

Respuesta tan respetuosa y digna agradó á Felipe de Orleans, quien, no obstante sus vicios y su disipación, poseía un gran fondo de bondad y de misericordia.

—¿Sabéis lo que se arriesga infringiendo una orden de destierro?

—La menor de las penas es la Bastilla; la peor el hacha del verdugo. Lo sé, monseñor.

—Entonces, ¿por qué no habéis salido de Francia?

—Porque hay ramas que se desgajan del tronco cuando el tronco está podrido. No me aleja de Gonzaga la adversidad, sino la conciencia, que se rebeló ante tanta vergüenza, y que buscaba una ocasión de rehabilitarme á mis propios ojos.

—Monseñor — interrumpió Chaverny, — Navailles y yo hemos decidido esta mañana ofrecer nuestras espadas al caballero Enrique de Lagardère para ayudarle á recobrar á su prometida.

—Lo que me obliga á despedir á los guardias que aguardan á vuestro amigo para llevarle á la Bastilla—dijo Felipe de Orleans sonriendo.

—Así lo creo, monseñor—repuso Chaverny con su habitual franqueza.

—Pues bien; borremos lo pasado. Desde este instante M. de Navailles es libre, como su espada y como su conciencia. Veremos el uso que hace de su libertad.

—Eso depende de Vuestra Alteza—se apresuró á decir el Marquesito, interrumpiendo, como por inadvertencia, el gesto del Regente despidiéndolos.—La señora Princesa no nos otorga autorización para ir á reunirnos con el caballero Lagardère si ella no nos acompaña.

—Es cierto—afirmó Aurora de Caylus.—Qui-

zás sin ellos no hubiera pensado en ir en busca de mis hijos. ¡Tan aniquiladas estaban mi voluntad y mis ideas! Pero una vez que me han mostrado el camino, debo seguirlos.

El Regente reflexionó un instante, y dijo con voz grave:

—Todo lo que puedo hacer por vos es permitir que vayáis hasta Bayona, siempre que os comprometáis solemnemente, señora, á no pasar la frontera. No me dicta esta imposición solamente el celo por vuestra seguridad personal, sino alta razón de Estado que no tardaréis en conocer. Así, pues, os quedaréis en Bayona, escoltada por el caballero de Navailles, y aguardaréis en aquella ciudad el regreso del marqués de Chaverny, que será cuestión de pocos días. Tengo que encargarle una misión importante. Confío en él, y le creo muy capaz de realizar á la vez las dos misiones: la mía, y la de buscar á Lagardère y á su futura esposa.

La Princesa trató de insistir; pero chocó contra la inflexibilidad del Regente, que al darle la venia para retirarse prometió enviarle á la mañana siguiente los despachos necesarios para ella y para su acompañante.

—Volved á vuestro palacio con el señor de Navailles, Princesa: tengo que hablar con Chaverny.

Y llamó á Machault y á Dubois.

—El señor de Navailles—dijo al teniente de policía—es libre de hacer lo que le plazca: quedan anuladas las órdenes anteriores.

Y volvió á su despacho.

—¿Vuestra Alteza me ha hecho llamar?—preguntó el Ministro.

—Sí; aquí tienes al hombre á quien hay que enviar á Madrid.

Dubois y Chaverny no se habían tratado; pero el Marqués detestaba al clérigo, y éste le tenía en muy poca estima.

—El señor de Chaverny me parece muy joven para tal misión—dijo el cauteloso Ministro.

Sorprendió el Regente la mirada que cambiaron ambos, en la cual se revelaba la antipatía, y queriendo divertirse un rato dijo:

—Al contrario, Dubois; te conviene que se vaya, porque así habrá en París un guapo mozo menos que puede perjudicarte en tus empresas amorosas.

Chaverny comprendió el propósito de Felipe, y replicó:

—Vuestra Alteza se equivoca. El primer ministro y yo no tenemos los mismos gustos.

Las réplicas y contrarréplicas sucedieron por un momento, vivas, epigramáticas, punzantes, entre el Ministro y el Marqués. S. A. R. intervino.

—¡Basta ya de bromas!—ordenó.—¿Sabéis lo que ocurre en la Embajada de España, marqués?

—No, monseñor.

—Pues Dubois va á contároslo minuciosamente. Mientras tanto, me voy. Volveré enseguida, y completaré las instrucciones que él os haya dado.

El Ministro hizo un gesto de contrariedad; pero se convenció de que no le valdría hacer objeciones, y murmuró:

—Si Vuestra Alteza lo desea...

—Te lo mando. Cuéntaselo *todo, todo*. No tienes que ocultar ni los nombres siquiera.

Dubois permaneció un rato en silencio, como recogiendo sus ideas después de la salida del Regente, y luego contó á Chaverny cómo se había descubierto la conspiración, su objeto, su alcance y los personajes comprometidos, que eran de los primeros del reino.

—Y de todo eso, ¿qué va á resultar?—preguntó el Marqués.

—En el interior, algunos castigos ejemplares; nada más. En el orden exterior, la guerra con España.

—¡Soberbia ocasión para darme un nombramiento de teniente de los mosqueteros de Su Majestad!—exclamó Chaverny riéndose.—Ten-

go las ciento cincuenta mil libras para pagar el cargo.

—Es demasiada ambición, joven; sobre todo para lo que vais á hacer. El Regente os envía á Madrid simplemente para avisar al señor de Saint-Agnan que se vuelva á Francia.

—Y si cumple bien—dijo Felipe entrando,—no veo por qué no hemos de hacer de él un mosquetero del Rey. ¿No tienes tú la pretensión de que te hagan arzobispo? ¡Por vida mía, creo que Chaverny sabrá llevar mejor el mosquete que tú el pectoral!

Esta réplica disgustó al sacerdote, que también sabía hablar clara é insolentemente, y que replicó:

—Eso sólo demostraría una cosa: que el Regente de Francia no sabe escoger mejor los capitanes de su ejército que los príncipes de su Iglesia.

—Y que—añadió Chaverny—para ser mosquetero basta saber manejar una espada, mientras que para ser arzobispo sólo se necesita cabeza donde poner la mitra, y favor...

Se interrumpió á tiempo: iba á decir algo que quizás hubiera podido costarle caro. Si en aquel instante le protegía el Regente por mortificar al primer Ministro, éste podía más adelante tomar el desquite y vengarse bien, aunque fuera inventando motivos para encerrarle en la Bastilla.

—Haz preparar los pasaportes para Chaverny, que ha de marchar esta misma noche, y que le envíen mil libras para costas de viaje de mis fondos particulares.

El Marqués se inclinó saludando.

—¿Qué debo hacer para agradecer la benévola solicitud de Vuestra Alteza?—dijo.

—Avisar sin perder momento á M. de Saint-Agnan que M. de Cellemare será preso y procesado dentro de cinco días, y que, para evitar que se haga con él otro tanto, tiene que salir de Madrid y de España lo antes posible. Contadle lo sucedido.

—Es muy poco, monseñor, para ganar mis espuelas.

—No sabéis lo que puede ocurrir en el viaje. Sobre todo, hay que ir á escape. Y no estoy menos interesado en la otra parte de vuestra misión. Tenéis que encontrar al caballero de Lagardère y á Mlle. de Nevers en un plazo de ocho días á lo sumo por vuestra cuenta y riesgo. Pasado ese tiempo, comenzarán las hostilidades contra Su Majestad Católica. Entonces sólo os quedará el tiempo preciso para dar cuenta de vuestras pesquisas á Mad. de Gonzaga en Bayona y presentaros inmediatamente á ocupar vuestro puesto en la vanguardia del ejército, á las órdenes del capitán ge-

neral duque de Berwick en el cuerpo de M. de Riom.

—Gracias, monseñor—dijo besando la mano de Su Alteza:—cumpliré mi deber.

El Príncipe indicó entonces á Dubois que la princesa de Gonzaga marcharía á la mañana siguiente á Bayona acompañada de Navailles, y que debían servirles de escolta cuatro mosqueteros grises.

El clérigo se mordió los labios, descontento porque, contra su costumbre, el Regente había tomado sin consultarle todas aquellas decisiones, y dió media vuelta para irse.

—¡Aguarda! Hay más. Quiero tener al caballero en el ejército, porque él solo vale por una compañía. Pero para darle un grado que le cuadre, hay que hacerle conde.

—¿Conde?—exclamó el Ministro.

—¿Te parece mucho, futuro arzobispo? Las cartas de Nobleza han de estar inscritas esta misma noche en la Cancillería. Quiero que mañana, corrientes del todo, sean enviadas con los pasaportes á la señora Princesa, para que pueda entregárselas ella misma en Bayona.

—¡Se fué Gonzaga—murmuró Dubois;—pero para un cortesano de menos han surgido diez más!

—Pero éstos, que prefieren alejarse y no intervenir en los asuntos de la corte, pueden á lo

menos justificar con sus actos el favor que se les conceda—replicó el Marquesito.

—No olvidéis, señor mío—dijo hoscamente el primer Ministro,—que si llegáis demasiado tarde, M. de Saint-Agnan se hallará preso, y vos seguiréis su misma suerte. Y os advierto que las cárceles españolas no tienen nada de agradables. Sin contar con que de ese modo no hallaréis vuestro despacho de mosquetero.

El Marqués hizo ante Dubois una pirueta tan cómica, que el Regente soltó la carcajada.

—Perded cuidado, señor ministro: llegaré á tiempo. ¡Así lleguéis vos con tanta oportunidad al arzobispado, para pedirnos vuestra bendición archiepiscopal á la vuelta!

—¡Callaos, Chaverny! ¡Si le animáis así, va á pedirme también el capelo cardenalicio!

Dubois los miró á los dos con el aspecto socarrón que solía tomar de vez en cuando, y su boca burlona dibujó una sonrisa. Precisamente era el capelo lo que ambicionaba en el fondo de su corazón. No creyó, pues, prudente objetar nada, y salió sin decir palabra para cumplir las órdenes del Príncipe.

Dos horas después, habiéndose puesto de acuerdo con su prima la Duquesa viuda, Chaverny salía de París seguido de un solo criado, y tomaba á rienda suelta por la carretera de España.



III

Correo regio.

Felipe de Orleans no solía descuidar sus placeres por los negocios del Estado; pero en aquellos momentos la situación era grave.

Aquella misma mañana habían sido embargados y sellados los papeles del marqués de Cellemare á presencia de los ministros Dubois y Leblanc, un piquete de mosqueteros custodiaba la embajada de España, y el Embajador quedaba como preso en su palacio. Muchos personajes complicados en el complot habían desaparecido, y se vigilaba como sospechosos á los cardenales de Bissi, de Polignac y de Rohan. El Regente, amenazado de ser secuestrado y privado del poder, se decidió á pensar en cosas serias.

El clérigo Dubois le aconsejaba enviar un correo especial á Madrid á M. de Saint-Agnan,